

Fuente: <http://es.scribd.com/doc/4341227/Temblores-y-Terremotos-de-Lima>

EL GRAN TERREMOTO DEL AÑO 1687

Según la crónica histórica de la ciudad de Lima, el año de 1687 fue de muy triste evocación a causa de los fuertes temblores y un aterrador terremoto registrados durante ese año. Gobernaba entonces en el Perú el Virrey D. Melchor de Navarra y Rocafull, Duque de la Palata. El día 30 de enero de 1687 se sintió un temblor de regular intensidad. Dos meses después, otro sismo bastante recio sacudió Lima, entre el 31 de marzo y el 1º de abril pues tuvo lugar a medianoche. A éste le siguieron los del 8, 9, 13 y 16 del mismo mes de abril, que aunque fueron de menor intensidad, por su alarmante repetición fueron considerados heraldos trágicos del violento terremoto del 20 de octubre de aquel año.

Del sueño a la pesadilla

En aquella fecha (20 de Octubre de 1687), a las 4 y 15 de la madrugada, cuando los pobladores de Lima estaban sumidos en el más profundo de los sueños, un increíble sismo de 15 MINUTOS de duración, estremeció la capital y lugares aledaños. Fue así de extenso, que se dice que algunos novicios jesuitas rezaron juntos a grito pausado, durante todo ese tiempo, la mayor parte de la letanía lauretana. El pánico se apoderó de todos, cayeron algunas iglesias y mansiones. Se abrieron grietas en el suelo. La gente se volcó a calles, plazas y plazuelas. Se oían ayes, gemidos y oraciones en voz alta, pidiendo perdón a Dios e invocando su misericordia. Pasado el prolongadísimo sacudón, la población comenzó a reaccionar. Los más serenos se dedicaron a rescatar heridos de entre los escombros. Amigos y parientes se buscaban para estar juntos. El enérgico y capaz Virrey Duque de la Palata impartió de inmediato las órdenes adecuadas y la gente ya se estaba tranquilizando, cuando a las 6 y 30 de la mañana, volvió a crujir la tierra limeña sacudida por otro fortísimo y largo sismo. Ya el pánico fue incontrolable. Siguió cayendo iglesias, edificios y mansiones, y las grietas se extendieron aterradoramente. Se derrumbó la torre de Santo Domingo, matando a mucha gente. Cayeron los portales de la Plaza Mayor. Se desplomó el Palacio de Gobierno, lo mismo que la Capilla Mayor de San Agustín y se vino abajo la bóveda y el crucero de San Francisco. Casi todos los edificios sufrieron daños y creció el número de víctimas. El puerto del Callao, aparte de los estragos del sismo, sufrió las gravísimas consecuencias de la salida del mar, que elevó a más de 600 el número de personas fallecidas. En Lima murieron unas 100 personas, aparte del total de muertos en Cañete, Chancay y Pisco, sobre todo en este último lugar, que también fue inundado por el mar, a punto tal que posteriormente hubo de trasladarse y refundarse a una legua del mar. En Trujillo se sintió también el temblor, que según se dice esterilizó el valle de Chicama para la producción del trigo, del que se recogía allí antes hasta 18,000 fanegadas. Se esterilizaron también los terrenos para la cosecha de ese cereal

en la provincia de Lima, en una extensión como de 200 leguas. El trigo encareció y dejó de producirse en la costa del Perú y desde entonces se tuvo que importar de Chile.

El Arzobispo de Lima se salvó de morir

Una de las víctimas de este terremoto fue el Arzobispo Don Melchor de Liñán y Cisneros, quien se hallaba convaleciente de una grave enfermedad en el Callao. El techo de la habitación que le servía de dormitorio cayó, siendo una viga que se atravesó en el umbral donde se cobijó lo que le salvó de una muerte segura; no obstante sufrió varias contusiones y serios daños en una pierna, siendo sacado con gran esfuerzo de entre los escombros por su mayordomo Francisco de Jáuregui. Después de este suceso el Arzobispo se retiró al pueblo de Late, pues su palacio quedó inhabitable.

La tierra continuó moviéndose hasta el 2 de Diciembre

Los temblores continuaron sintiéndose a lo largo de los días siguientes. Como si todo esto fuera poco, un nuevo terremoto sumamente violento se registró el 10 de noviembre, prolongándose las réplicas hasta el día 2 de diciembre, fecha esta cuando se agravó la situación, por haberse difundido la noticia falsa de una salida del mar. El pánico fue tal que todos abandonaron las habitaciones improvisadas que en plazas, huertos y otros parajes se habían levantado o las maltrechas viviendas que aún podían servir de refugio y se apresuraron a ganar las alturas, creyendo que había llegado el fin de Lima. Si no fuera porque el Virrey conservó la serenidad, el desastre hubiera sido mayor, pues no faltaban los maleantes y los negros audaces que al ver la ciudad abandonaba se hubieran entregado al saqueo. Aquel mismo día (2 de diciembre), un copioso aguacero (rarísimo en Lima) trajo por tierra los restos de las construcciones que aún se mantenían en pie. Curiosamente, después del chubasco, los temblores cesaron de producirse de manera continua. El mismo Virrey hubo de refugiarse en una toldería armada en la plaza principal y allí permaneció 73 días, hasta que en uno de los patios de Palacio se habilitaron unos aposentos de tablas donde se retiró con su familia. En el verano de 1688 el Virrey hubo de dictar severísimas medidas de sanidad para contrarrestar los efectos de una gran peste que asoló la capital y zonas aledañas, triplicando la mortandad ocasionada por los sismos.

Asimismo, fue a raíz del terremoto de octubre de 1687, cuando empezó a salir en procesión por las calles de Lima una réplica de la venerada imagen del Cristo de Pachacamilla. El terremoto produjo resquebrajaduras y desmoronamientos en la Capilla del Santo Cristo de los Milagros pero el portentoso mural del Redentor Crucificado quedó incólume, como ya había ocurrido en el anterior sismo de 1655, lo que fue considerado como un prodigio. Se inició así la tradicional manifestación de fe que vivimos hasta hoy, conocida como la Procesión del Señor de los Milagros.

EL GRAN TERREMOTO DEL AÑO 1746

Casi a comienzos del gobierno del Virrey D. Antonio Manso de Velasco tuvo lugar una de las mayores catástrofes que han afligido al Perú colonial. El viernes 28 de Octubre de 1746, a las diez y media de la noche, los habitantes de Lima fueron sorprendidos por las violentas sacudidas de la tierra que arrojó a los unos de sus lechos y a todos obligó a buscar los lugares descampados. Por desdicha no todos pudieron hacerlo y aun aquellos que habían abandonado sus casas y buscado un refugio en plena calle vinieron a sucumbir al derrumbarse los muros fronterizos. La confusión y el espanto cundió por toda la ciudad e hizo que fuese mayor el desconcierto la circunstancia de la hora, aun cuando la lóbreguez no era tanta por la iluminación de la luna. La duración del seísmo, según las relaciones del tiempo, fue de tres a cuatro minutos, tiempo más que sobrado para la destrucción de la capital. No es posible dar otras indicaciones del fenómeno porque no las traen las noticias de la época, salvo lo que dice el Marqués de Obando sobre la dirección del movimiento, a saber que su mayor ímpetu parecía venir del Noroeste (aunque según las descripciones debió ser de grado 9 en la escala de Richter). La noche fue verdaderamente trágica, aun sin saberse todavía en Lima la desgracia del vecino puerto del Callao. Muchos, así para no quedarse sepultados entre las ruinas como para hallar amparo en la compañía de los demás, se refugiaron en la Plaza Mayor y otros se retiraron al fondo de sus huertas, de modo que en las casas que aún permanecían en pie o entre los escombros de otras reinaba un gran silencio, como lo advierte en su relación el autor antes citado. En medio de tan grande confusión y sucediéndose los estremecimientos de la tierra unos a otros, aunque no con tanta violencia, no se hizo posible acudir al auxilio de los heridos y de los que gemían sepultados bajo las ruinas. Algunos fueron extraídos de entre los escombros después de haber pasado uno y aun dos días sepultados. Pocos pudieron conservar en aquellos luctuosos instantes bastante serenidad de ánimo para acudir al socorro de los demás.

Un amanecer de espanto

Amaneció el día sábado 29 y los ojos de los sobrevivientes contemplaron con espanto la ruina de la ciudad. De las tres mil casas que componían las ciento cincuenta islas o manzanas que se encerraban dentro de las murallas de Lima, apenas veinte se mantuvieron incólumes a los embates del terremoto. Las calles se veían embarazadas por los escombros y el interior de los edificios ofrecía un aspecto desolador. Las torres de la Catedral se desplomaron y cayeron sobre las bóvedas destruyéndolas. Otro tanto sufrieron las torres de San Agustín, la Merced y la Iglesia de San Pablo de la Compañía. Casi todas las iglesias, conventos, monasterios, capillas y hospitales, sufrieron más o menos iguales destrozos. El arco magnífico que estaba a la entrada del Puente de Piedra, coronado por la estatua ecuestre del rey Felipe

V (cuya muerte, acaecida el 9 de julio de ese año, se ignoraba todavía en el Perú), se vino al suelo, quedando la escultura desgajada en el suelo y entorpeciendo el paso. En el Palacio virreinal no quedó un lugar habitable y el Virrey hubo de acomodarse en una barraca de tablas y lona, pero no estaba en mejores condiciones el Santísimo Sacramento que del Sagrario fue conducido a una ramada que se improvisó en la plaza mayor. El edificio del Tribunal del Santo Oficio quedó igualmente en ruinas. Siguieron los temblores casi incesantes, pues en 24 horas, hasta las 10 y $\frac{1}{2}$ de ese día 29, se sintieron cerca de 200.

Desaparece el puerto del Callao bajo el mar

Desde las primeras horas del día comenzaron a circular voces sobre la destrucción del Callao y el virrey Manso de Velasco envió a aquel puerto a algunos soldados de acaballo, a fin de cerciorarse del hecho. Estos trajeron la confirmación del desastre y a poco ya toda la ciudad lo sabía, pues a ella llegaron también unos cuantos sobrevivientes de la embestida del mar. Si en Lima se había cebado la desgracia, la ruina del Callao fue más devastadora. Lo que contaron los sobrevivientes fue algo dantesco. Media hora después del terremoto se había entumecido el mar y elevado a enorme altura, y con horrible estruendo se había precipitado por dos veces sobre la tierra, que la inundó y barrió todo lo que encontró a su paso. Del antiguo puerto sólo quedaron unos cuantos restos de la muralla y el arranque de las paredes de algunos edificios. El Marqués de Obando, Jefe de la Escuadra y General de la Mar del Sur, dice que los cuatro mayores navíos que había en el puerto, soltando las anclas fueron lanzados por encima del presidio y vinieron a varar el uno dentro de la plaza, el otro, cargado de trigo, a escasa distancia del anterior y los otros dos hacia el sudeste, como a distancia de un tiro de cañón de los baluartes. Llamábase uno de éstos San Fermín y era una fragata de 30 cañones.

El número de los que perecieron en el puerto se calcula en unos cuatro a cinco mil prácticamente toda la población; en un lienzo de muralla lograron salvarse un religioso y unas treinta personas. Otros, en su mayoría pescadores o marineros, acogidos a las tablas y maderos que sobrenadaban fueron arrojados más tarde a las playas o bien a la isla de San Lorenzo. El mar se retiró, pero no volvió a su límite antiguo. La destrucción causada por el sismo se extendió a Cañete, Chancay, y Huaura, hasta 24 leguas al NNO del Callao; y sufrieron también los valles de Barranca y Pativilca. El terremoto, según se dijo entonces, tenía un movimiento horizontal de Este a Oeste, y abrió la quebrada minera del río Hiseca en la provincia de Lucanas, brotando por entre las grietas multitud de animales subterráneos que nunca habían visto la luz del día: en la quebrada de Totopo, a 11 leguas de Pativilca, se rajaron los cerros denominados Julcán: en Huallas y en Ayapata (esta última en la provincia de Carabaya y la otra en la de su nombre)

abrió también la tierra su seno, despidiendo agua cenagosa, que contaminando la de los ríos y la atmósfera, causó la muerte de muchos individuos, según se dijo.

Mas de mil muertos en Lima

En Lima las víctimas fueron menos en número, pero así y todo, considerables. D. Victoriano Montero dice que a fines de Noviembre se sabía de cierto que habían perecido unas 1,140 personas. Llano Zapata hace ascender el número de los muertos a mil trescientos y el P. Lozano afirma que de 60.000 habitantes con que contaba la ciudad, la duodécima parte vino a sucumbir. Esta diversidad se explica por no haberse dado a todos los cadáveres sepultura: muchos quedaron insepultos entre las ruinas y sólo con el tiempo se fueron descubriendo. A este cataclismo se siguió el hambre y la peste. Esta última se originó, en parte, de la corrupción del aire, a causa de la multitud de restos putrefactos así de hombres como de animales que yacían por doquiera. Se calcula en 3,000 las mulas y caballos que murieron aplastadas por los derrumbes. En el Callao, dice el Marqués de Obando, no se podía sin horror fijar los ojos en tantos despojos como se veían descubiertos y en las posturas más violentas que se pueden imaginar.

Así por el calor propio de la estación como por andar revueltos con las horrruras del mar y no ser fácil enterrarlos en el terreno que ocupaban, por ser de cascajo o piedra zahorra e inundarse fácilmente, la fetidez y corrupción eran intolerables. Gracias a las acertadas providencias adoptadas por el Virrey se logró abastecer a la población prontamente aunque no fue tan de inmediato que no se dejara sentir la escasez. Dispuso que de las vecinas provincias se remitiese cuanto antes el trigo almacenado y, convocando a los panaderos, les proporcionó el auxilio necesario, así para abastecerse de harina como de agua, por haberse roto los acueductos y cañerías de la que venía a la ciudad. Encomendó a los alcaldes ordinarios, D. Francisco Carrillo de Córdoba y D. Vicente Lobatón y Azaña la ejecución de estas medidas y de otras al mismo intento, como el abastecimiento de carne fresca.

El pánico continuó en los días siguientes

Tan abatidos se hallaban los ánimos y tan honda impresión había causado la noticia de la ruina del Callao que el día 30, habiendo comenzado a esparcirse el rumor de la salida del mar, las gentes todas, presas de irresistible pánico, comenzaron a huir en bandadas hacia los montes vecinos, sin que en su carrera nadie fuese capaz de detenerlas. El Virrey, sabiendo que la noticia carecía de fundamento, hubo de montar a caballo a fin de contener a la multitud y desvanecer la falsa noticia que con criminal intento había comenzado a difundir un negro caballista. Hizo lo mismo el Marqués de Obando en compañía de un religioso franciscano y sólo después de mucho trajinar portodas las veredas que salen al campo se logró que volviera un tanto la

calma. Ya cerca del anochecer comenzaron a deshacerse los remolinos de gente de todas clases y condiciones que se habían formado y empezaron a volver a sus casas con más orden que a la salida. Como se deja entender, en estos días y en los que se siguieron, las rogativas, procesiones de penitencia y públicas manifestaciones de piedad fueron casi ordinarias y los predicadores de uno y otro clero llenaban las calles con sus voces de gemido, excitando a todos al dolor y al arrepentimiento. A su vez, el Virrey encomendó a los hermanos de la cofradía de la caridad la piadosa tarea de sepultar los cadáveres y de asistir a los muchos enfermos que no bastaban a contener los hospitales, en ruinas la mayor parte de ellos, pues en el de Santa Ana para indios perecieron 60 de estos infelices, al caer sobre sus lechos la pesada techumbre de las salas.

El terremoto del año 1746 puede decirse que conmovió a todo el mundo civilizado. Las Relaciones que del mismo se publicaron en castellano fueron traducidas al inglés, italiano y portugués y circularon abundantemente, pues se hicieron de algunas varias ediciones. Casi a los seis años, el señor Arzobispo Pedro Antonio Barroeta recordaba en Lima que en ese espantoso terremoto cayeron buena parte de los edificios de la ciudad y que perecieron entre sus ruinas miles de personas. Se refirió del Callao como de un emporio del comercio que fue enteramente destruido y arruinado por las furiosas olas, quedando innumerables cadáveres insepultos y huesos que aun blanqueaban por esos días. (Pastoral de 16 de agosto de 1752 con motivo del Jubileo).